

Andrés Monares

**ΟΙΚΟΝΟΜΙΑ
ECONOMÍA MODERNA
ECONOMÍAS**

**EDITORIAL
AYÚN**

¿QUIÉN PODRÍA SER NEOLIBERAL?¹

“...caerán los que tengan que caer. Porque así es esto.
Es la selva del mundo de la vida económica.
Una selva de animales salvajes, donde el que pueda matar al del lado, lo mata.
Esa es la realidad”
Almte. José Toribio Merino

En Chile, a estas alturas, pareciera una característica nacional la mala memoria y la candidez cuando se habla del modelo socioeconómico imperante. Mala memoria por haber olvidado cómo se llegó a un extremista sistema de libre mercado. Candidez por creer que no lo es, simplemente y más allá de los hechos, porque hay quienes dicen que no lo es.

Para empezar por el tema de la memoria, se debe recordar que a raíz del golpe de Estado de 1973 se dio paso a la “extirpación del cáncer marxista” y a la “refundación nacional”. En ese proceso *criminal-burocrático*, las fuerzas armadas y de orden terminaron implementando una *perfección* de la Economía Moderna: un sistema de libre mercado neoliberal. Paradójicamente, a través de un brutal proceso interventor y de naturaleza estatista, se materializó un mercado autorregulado y de carácter privado. Este sistema socioeconómico necesita organizar en función del mercado a todos los ámbitos de la sociedad. En otras palabras, requiere transformar el país entero —incluyendo sus habitantes, actividades y recursos— en una “sociedad de mercado”.

Siendo ya el Neoliberalismo una concepción de por sí extrema, la dictadura optó para Chile por una de sus vertientes más radicales: la de Milton Friedman y los monetaristas de la Universidad de Chicago. En el fondo, dicho autor actualiza el “capitalismo salvaje” de fines del siglo XVIII y sobre todo del XIX. La Escuela de Chicago sólo le agregaría una pequeña cuota de *humanidad* o, técnicamente hablando, de “subsidiariedad”. Eso sí, tales ayudas y programas estatales únicamente se dirigirán a los más pobres de entre los pobres. El pequeño Estado liberal de antaño, ahora además de enano debía ser tetrapléjico.

¹ La versión original de este artículo se escribió en base a la alocución del autor el 19 de agosto de 2005, con ocasión del acto de lanzamiento de su libro *Reforma e Ilustración. Los Teólogos que Construyeron la Modernidad* (Editorial Universidad Bolivariana). Esa versión se publicó en *Revista Polis*, Volumen 3, Nro. 12, 2005. Universidad Bolivariana. Santiago.

El país, que durante su historia ha sido tierra de ensayos sociopolíticos y económicos foráneos, fue otra isla propicia para los insólitos experimentos de ese nuevo Doctor Moreau de Chicago, cuyos resultados, vale la pena señalar, no distan mucho de los del perturbado personaje de la novela de H. G. Wells. Pinochet pasará a la historia —fuera de por sus numerosos crímenes— por haber aplicado un modelo a tal grado extremo, que sólo años después pudo ser materializado por vías no violentas en países con gobiernos democráticos. Posteriormente, esa fue la tarea llevada a cabo por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y por Ronald Reagan en Estados Unidos. A los errores de las administraciones socialdemócratas y a los problemas propios de los Estados de bienestar, los neoconservadores sumaron un eficaz trabajo propagandístico. Terminaron convenciendo a sus ciudadanos de la legitimidad y hasta de los beneficios de destruir los sistemas que los protegían.

Pero también se había hablado aquí de la candidez (la cual se dice tendría otro nombre luego de cumplidos los quince años). Ella viene primero de creerle a la propaganda del gobierno de Pinochet. Ella proclamaba que se había implantado una “economía *social* de mercado” y hasta un “capitalismo *popular*”. Vuelta la democracia, el tema entró en una especie de nebulosa. Los partidos de la Concertación fueron olvidando su oposición al modelo socioeconómico neoliberal durante la dictadura, y sus promesas de cambiarlo una vez recuperada la democracia. La falta de voluntad política se escondió detrás de la definición de la política como el arte de lo posible y así explicaron su adhesión al *pragmatismo* socioeconómico en boga. Han guiado al país, como aceptara Patricio Aylwin, “en la medida de lo posible”... En todo caso, los criterios para medir las posibilidades han dejado mucho que desear.

Al mismo tiempo, ya a fines de los ochenta, se producirá una “convergencia” entre los postulados económicos neoliberales de la dictadura y los del liderazgo de la Concertación. De forma cada vez menos solapada, sus gobiernos no sólo continuaron aplicando el Neoliberalismo, sino hasta lo llegaron a celebrar. La coalición olvidó sus proyectos originales y se desvió a una administración del modelo. La élite concertacionista proclamó entonces la urgencia de lograr la para ellos tan ansiada “governabilidad” y ésta fue convertida en un fetiche. Pero asimismo, se transformó en la soga al cuello de las ansias de cambio de esa mayoría de ciudadanos quienes, creyendo en un discurso de profunda reforma del modelo, los apoyaron en 1988, 1990 y aún después. Lo irónico es que nunca estuvo en peligro dicha gobernabilidad. Lo trágico es que los gobiernos deben gobernar para sus pueblos, no para una minoría de jueces ilegítimos y todopoderosos (los “poderes fácticos”). Las palabras de Edgardo Boeninger —conspicuo concertacionista miembro de su cúpula negociadora y directiva histórica— expuestas

en su libro *Democracia en Chile. Lecciones para la Gobernabilidad* (1997), no dejan mucho que comentar:

“De modo indirecto el *éxito económico* [¡sic!] postrero del régimen militar influyó significativamente en las propuestas de la Concertación, generando de hecho una convergencia que políticamente el conglomerado opositor no estaba en condiciones de reconocer... la incorporación de concepciones económicas más liberales a las propuestas de la Concertación se vio facilitada por la naturaleza del proceso político en dicho período, de carácter notoriamente cupular, limitado a núcleos pequeños de dirigentes que actuaban con considerable libertad en un entorno de fuerte respaldo de adherentes y simpatizantes” (Boeninger, citado en Portales 2006: 105).²

Lo expresado por Boeninger no deja lugar a ninguna duda. Ese pequeño grupo que es la cúpula de la Concertación ya había decidido hace mucho y a espaldas del pueblo, seguir el rumbo neoliberal. El reconocimiento que la coalición ha obtenido del gran empresariado y de las instituciones financieras internacionales, se debe a su capacidad para mantener con suma fidelidad la “obra del régimen militar”. A tal punto llega su ortodoxia, que Arnold Harberger —destacado economista de la Escuela de Chicago y quien fuera una especie de padrino de los “*Chicago boys*” chilenos y de la revolución neoconservadora de la dictadura— señala que de preguntarse hoy “¿qué elementos de la política económica chilena cambiaría uno para hacerla mejor?”, su contestación sería: “Hasta ahora no tenemos respuesta”.³

Los monetaristas, una línea extrema del ya extremo Neoliberalismo, están muy satisfechos con el *exitoso* modelo chileno. Tanto de su brutal aplicación por el gobierno de Pinochet, como de su actual administración democrática por los *socialistas* o la *centro izquierda*. Porque, como es sabido en casi todo el mundo menos en Chile, la Concertación ha mantenido en lo grueso el sistema socioeconómico de la dictadura. Es decir, en los hechos —no por un ciego voluntarismo de la oposición izquierdista radical— la Concertación es una coalición neoliberal. Salvo que esa realidad aceptada abiertamente en las reuniones con los empresarios y los organismos financieros internacionales, es silenciada dentro del país en base a un discurso público *izquierdista*. Es la actualización de la teoría

² Como se ha planteado, es urgente preguntarse qué es realmente el “éxito económico” en Chile: ¿cifras de crecimiento de las grandes empresas, aumento de la riqueza del 4,8% más rico o de una fracción aún menor de la población, el aumento del consumo suntuario de esos grupos o carreteras urbanas ultramodernas para el uso de un 5% de los santiaguinos? Aquí se sostiene que, *al menos*, “éxito económico” *debe* referirse al nivel y calidad de vida de *toda* la población y la *real* distribución del ingreso nacional.

³ “Con nuestras mismas palabras” (www.rebellion.org; 19.03.07).

de la “doble verdad” de Tomás de Aquino: lo verdadero en un contexto, perfectamente puede ser falso en otro. Vaya el reconocimiento para la eficiente política comunicacional de la Concertación. A pesar del evidente neoliberalismo de las medidas de sus gobiernos, ha logrado convencer a gran parte de los chilenos de las bondades del modelo y sobre todo de su *izquierdismo*.⁴

Mas, contrariamente a lo que se podría pensar, la dirigencia de dicho conglomerado y una parte de sus militantes y simpatizantes ni siquiera cargan con algún peso en sus conciencias. Querían cambiar el mundo y el mundo los cambió a ellos.⁵ Los concertacionistas neoliberales tienen el apasionado convencimiento y entusiasmo del converso. Entonces, cuando se comprende quiénes son en realidad, es obvio que todos sus eslóganes de campaña son simple y burdo mercadeo político para movilizar esperanzas. Son placebos electoralistas que usufructúan de conceptos como “justicia social”, “igualdad”, “distribución”, “socialismo” para ganar votos y esconder su verdadera postura ideológica. “La Alegría ya Viene”, “Gana la Gente”, “Nuevos Tiempos”, “Crecer con Igualdad” y el actual “Estoy Contigo”, son en el fondo palabras vacías. Es más, al tomar en cuenta el deplorable nivel de distribución del ingreso en el país y la muerte prematura de la implementación de un “gobierno ciudadano”, los dos últimos llegan a ser un desvergonzado agravio a la ciudadanía. Sin embargo, ante las críticas sobre la falta de cambios o su insuficiente velocidad, apesadumbrados nos señalan que las culpas deben buscarse en el contexto mundial, la oposición, los poderes fácticos, etc. Por ningún motivo sería cuestión de falta de voluntad política. En todo caso, los hechos indican que la realidad es otra. Esta situación puede describirse recurriendo a la ironía de un moralista británico del siglo XVIII:

“...los prudentes magistrados conservan su buen nombre entre los mentecatos que imaginan que el gobierno, aunque no pueda conseguirlo, se afana siempre por suprimir lo que en realidad tolera” (Bernard Mandeville 1982: 61).⁶

⁴ Tómese en cuenta el caso de Lagos y su gran apoyo popular ante las escuálidas cifras de crecimiento e inversión social, los bajos salarios, la desigualdad socioeconómica del país durante su gobierno y el inaceptable acto de establecer por ley el secreto ¡por cincuenta años! de los nombres de los torturadores consignados en el *Informe de la Comisión Nacional Sobre Prisión Política y Tortura*. Igualmente, Bachelet es “socialista” simplemente porque lo afirma, porque fue víctima de la (inaceptable) represión de la dictadura y porque tendría sensibilidad social. Si bien al revisar sus nombramientos de ministros (as), queda en evidencia el neoliberalismo de casi todos ellos (as).

⁵ La frase es la línea argumental de la película *Nos Habíamos Amado Tanto* (1974) de Ettore Scola. Ella muestra las traiciones e inconsecuencias de tres originalmente soñadores amigos, ex combatientes de la resistencia italiana contra el nazismo. No sin ironía, Scola muestra que quien se mantiene fiel a sus ideales y ética, es el menos intelectual e ideologizado de los tres.

⁶ Siguiendo con la aplicación de la ironía de Mandeville al Chile de la Concertación, no deja de ser curioso que la cita del texto se enmarque en las alabanzas que según al autor merece la “prudencia” de los “sabios gobernantes” que fomentan y toleran la prostitución.

El Chile que la Concertación ha querido mantener es “en la medida de lo posible” para los pobres y para todos aquellos quienes todavía esperan se materialice el prometido “chorreo”. En cambio, para las grandes empresas y los más ricos es un país plétórico de modernidad, oportunidades, privilegios y ganancias no vistas en décadas. Lo anterior no es extraño. Basta constatar cómo, desde hace más de veinte años, los adversarios de ayer hacen negocios, amistad y planes conjuntos. Al igual que en la novela de George Orwell, *Rebelión en la Granja*. En ella, los cerdos encabezan un alzamiento de todos los animales explotados en una granja, para expulsar a su amo humano. En principio, su motivación era implantar la total emancipación animal. Pero luego, cuando la cúpula revolucionaria se aprovechó de la situación para convertirse en una élite privilegiada, terminó desarrollando estrechos lazos con quienes antaño eran sus enemigos. Finalmente y con no poca ironía, Orwell señala que cerdos y hombres, revolucionarios justicieros y explotadores reaccionarios respectivamente, se volvieron parecidos. A tal punto similares, que de hecho se hizo muy difícil diferenciarlos:

“Los animales asombrados pasaron su mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo y, nuevamente, del cerdo al hombre, pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro”⁷

Desde su extraño *centroizquierdismo* público o de mercadeo político, dada la “convergencia [con el Neoliberalismo] que políticamente el conglomerado opositor no estaba en condiciones de reconocer”, todos estos años que la Concertación ha tenido el poder, ha desechado las críticas al modelo. Las han rechazado por populistas, utópicas o pasadas de moda. Por más que, en verdad, el verdadero *populismo* sean sus repetidas y huecas promesas de igualdad, mientras los hechos y cifras muestran cómo sus decisiones hacen más desigual al país. A pesar de que la real *utopía* sea postular un sistema de bases metafísicas, nunca llevado a la práctica del todo por su extremismo. Y, por más que las *novedosas* ideas sobre el libre mercado a las cuales adhieren, irónicamente obedezca a principios con más de dos siglos de antigüedad (para no comentar la simpleza de señalar la “actualidad” de un sistema como un punto a su favor).

En la tarea de legitimar el Neoliberalismo, la Concertación no está sola. Debe sumársele la derecha de la oposición y la mucho más poderosa y activa

⁷ La novela de Orwell es una excelente crítica del stalinismo. Mas también es ejemplar para señalar otros procesos en que políticos traicionan a sus pueblos. Al tenor de lo ocurrido en Chile, tampoco deja de ser irónico que en su novela *Mil Novecientos Ochenta y Cuatro* —otra crítica a la dictadura de Stalin— el “Partido” fabrique una cultura de masas chabacana y superficial, para dejar sumido al pueblo en la ignorancia y la alienación.

derecha económica. Ambos grupos se la han jugado por el modelo, a través de la intensa propaganda en su favor difundida por la gran cantidad de medios de comunicación de los cuales son propietarios o les son afines. Esa propaganda no se limita a las campañas políticas en tiempos de elecciones. Se difunde a diario por medios escritos, radiofónicos y la televisión. Basta leer las editoriales de los diarios, las columnas de opinión, los “especialistas” consultados o las noticias y temas que son destacados y percatarse de cuáles son silenciados. Los Medios de la derecha son inmensamente mayoritarios hoy en Chile. En consecuencia, pueden dictar a su antojo la “agenda” (noticiosa, política y económica) e influir en una medida considerable en la “construcción social” de la realidad de los chilenos y chilenas. Lo pueden hacer gracias a las medidas en su favor de la dictadura. Pero también de la Concertación.⁸

Son obvios los motivos de los derechistas *de siempre*, para llevar adelante la campaña de legitimación del modelo. Lo lamentable ha sido que los derechistas *de última hora* hayan hecho y sigan haciendo enormes esfuerzos por justificar ante la opinión pública el Neoliberalismo ultra de Friedman. Es más, fueron tan eficientes como para haber logrado que se tenga por inaceptable cualquier revisión del sistema de libre mercado. Hasta las reformas liberales moderadas son desechadas como herejías. Recuérdese, por ejemplo, la discusión por el posible cobro de derechos de explotación o “royalty” a las mineras privadas. Incluso los economistas clásicos aceptaban ese cobro por concepto de “renta de la tierra” y es una cuestión normal y obvia en cualquier país liberal cobrar alrededor de un 14%. Por el contrario, en Chile se lo rechazó bajo el mañoso argumento de no cargar con impuestos a las empresas.⁹

Al estudiar el Neoliberalismo a partir de sus fundamentos, surge una perspectiva muy diferente de la expuesta por sus vehementes (e interesados) defensores. Esta actualización del Liberalismo es un desarrollo *secularizado* de la teología del reformador francés Juan Calvino. Es decir, de una doctrina cristiana de extremo carácter teocéntrico. Desde fines del siglo XVI, primero los filósofos ilustrados británicos y luego los continentales, trabajaron para elaborar una serie de sistemas fundados en esas ideas religiosas. Los cuales, a su vez, intentaban demostrar la veracidad y racionalidad de aquella doctrina.

⁸ Recuérdese que la dictadura materializó un mercado televisivo y salvó de la quiebra con platas de todos los chilenos al duopolio de la prensa escrita: El Mercurio y COPESA. Ya en democracia, los gobiernos de la Concertación han favorecido ampliamente con el avisaje estatal a ambas empresas periodísticas.

⁹ Al final se aprobó una ley con cobros muy menores, la cual permite cancelar cifras aún más pequeñas valiéndose de tecnicismos e incluso no pagar nada.

Específicamente, en lo que hoy se denomina Economía, esa fue la labor del moralista presbiteriano escocés Adam Smith. Este, parte de la tradición empirista puritana o del calvinismo británico, describió cómo su todopoderoso dios establecía el devenir de las sociedades y luego lo realizaba él mismo constantemente a través de su Providencia. El autor explicó mediante su famoso concepto de “mano invisible”, esa acción divina que buscaba llevar a cabo su designio utilitario de fructificación y multiplicación (*Génesis* 1, 28). La “mano invisible” nunca fue una metáfora ni un giro estilístico. Fue una designación consciente y acorde con la piadosa filosofía británica de la época.

Acerca de esos fundamentos fideístas, los cuales necesitaban de una actividad productivo-comercial autónoma para no entorpecer la acción providencial, se levantó todo un andamiaje técnico: la *científica* Economía Moderna. Y junto a ella, para legitimarla en el terreno de las ideas y posibilitarla en la práctica, una concepción filosófica, jurídica y política que postuló la *no intervención* de la autonomía de los individuos en base a la inalienabilidad de sus derechos inherentes. Sobre todo la libertad económica debía estar exenta de coerción externa. Esa era el aspecto más importante para la teoría. Su relevancia radica en ser el medio para cumplir la voluntad de la Deidad de fructificación y multiplicación.

Ahora bien, parte de ese designio es el predestinar desde la eternidad a una mayoría para la condenación y a una minoría para la salvación eterna. A pesar de que Dios habría decretado la obligación universal de fructificar y multiplicarse, habría preferido que sus “elegidos” obtengan los mejores medios para hacerlo en mejores condiciones. La riqueza de esos pocos es el signo de su predilección por ellos. Es igualmente una muestra de la insondable justicia con la cual reparte los bienes de este mundo de manera desigual. De ahí que las diferencias socioeconómicas entre capitalistas y trabajadores asalariados no puedan ser alteradas sin atentar contra el orden y la voluntad divina.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo se originó y fue desarrollado con posterioridad, asumiendo como principios *profanados* la lógica derivada de dogmas religiosos, los cuales explicaban el modo en que la divinidad gobierna lo productivo-comercial y dispone la autonomía de dicho ámbito para mantener su voluntad de una desigual condición material de la humanidad, ¿podría acaso un *ateo* ser neoliberal?

De lo expuesto, se puede ver que se está en presencia de un asunto el cual, en primer lugar, atañe a los cristianos. Mas el problema presentado a los creyentes tampoco es menor, cuando se constata que el Neoliberalismo propone

la ganancia de dinero como fin individual y social. Al dársele una relevancia absoluta a lo productivo-comercial en su sentido lucrativo, todo el resto de las actividades sociales y personales quedan en segundo plano y en función suya. De esa manera, se termina reemplazando al Dios cristiano por el lucro como meta de la vida humana.

En este punto, se debe aclarar que nunca el devoto Smith hubiera propuesto algo así. Sin embargo, al plantear una tendencia natural de las personas a buscar ganancias, para dar cumplimiento al designio divino de fructificación y multiplicación, dejó abierto el camino para la secularización de ese objetivo. De esa forma, el paso siguiente fue situarlo como fin absoluto. Primero el Liberalismo profanado y después el Neoliberalismo destronaron al Dios cristiano para rendir culto a *Mamón*, el ídolo del dinero.

Luego, para empeorar las opciones entregadas por el Neoliberalismo a un cristiano devoto, se eliminó la noción de “prójimo” y la hermandad del género humano que implicaba obligaciones recíprocas. Ahora sólo hay competidores, productores, oferentes o demandantes efectivos. Ellos están únicamente centrados en el aspecto monetario. No tienen por qué tomar en cuenta o preocuparse por otras cuestiones de las demás personas o de sus comunidades. En un insólito giro ético, se reemplazó a la “virtud” por el “vicio”. Ahora el egoísmo sería la meta y motor de cualquier acto. Dicha pasión, si no es intervenida, logrará autonomía y automáticamente la riqueza. Es decir, el aspecto definido como el bien y la felicidad por el Neoliberalismo.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo ha terminado dejando de lado a Dios por las riquezas y lo material, eliminando la hermandad universal consecuencia del llamado Nuevo Pacto de Jesús con toda la humanidad, confundiendo y reemplazando el vicio por la virtud al proponer al mal como conducta deseada y correcta, ¿podría acaso un *cristiano* ser neoliberal?

Precisamente, esa búsqueda de riqueza como fin absoluto ha dado lugar a la instrumentalización de las personas. A pesar de señalarse que el Neoliberalismo busca un mejoramiento general de la calidad de vida, a través del incentivo lucrativo, se debe comprender cabalmente esa proposición y su lógica de fondo. Se acepta como principio que los seres humanos son egoístas por naturaleza y sólo buscan su propio bienestar. Pero, se agrega, esa persecución de lucro no podría llevarse a cabo sin ayuda o participación de otros. Quien emprende una tarea productivo-comercial —al buscar su propia ganancia— requerirá emplear trabajadores, comprar materias primas producidas por terceros, pagar medios de

transporte, etc. Su egoísmo tendrá una consecuencia benéfica para el resto, al *repartir* una fracción de su dinero. Incluso, dicha distribución se hará de manera inconsciente y hasta contra la voluntad del “hombre económico”. Ese proceso irreflexivo e indirecto de reparto se denomina “chorreo”. Por derivarse del funcionamiento autónomo del propio sistema, es el *único* medio de distribución del ingreso aceptado por el Neoliberalismo.¹⁰

Con todo, el fin último del proceso productivo-comercial es la ganancia. Que a raíz de su persecución se beneficien otros en algún grado e indirectamente, no deja de significar que la meta absoluta sea el lucro. De esa manera, las personas serán definidas por el sistema como simples *medios* para la producción de riqueza. No debe extrañar entonces, la franqueza con la cual en la actualidad se nombra a los trabajadores. Son “recursos humanos” y un “recurso” económico es un objeto hecho para ser explotado. Por insólito que parezca, el Neoliberalismo ha transformado a la labor productiva en una “externalidad negativa” de la búsqueda de lucro. Los trabajadores, sus salarios y sus pretensiones de mejores condiciones laborales, significan costos que limitan las utilidades del capitalista. El trabajo y sus realizadores han llegado a ser estorbos para saciar la sed de dinero. Por ese giro radical, el Neoliberalismo terminará posicionando al capitalismo financiero por sobre el directamente productivo. Llegó al extremo de traicionar al propio Adam Smith. Si bien el moralista escocés pensaba en la creación de fuentes de trabajo como una cuestión fuera de las intenciones de quien perseguía ganancias, su primaria concepción del moderno capitalismo occidental era la de una “ética del trabajo”. El capitalismo debía ser productivo, no especulativo.¹¹

En la Economía Moderna, en su teoría y práctica, las personas son factores productivos con valor de uso y cambio. Meras herramientas o recursos para producir dinero. La inseparable dualidad trabajo-trabajador será considerada una “mercancía”. Por tanto, tendrá un precio: el salario. En esa lógica se hablará de un mercado libre del trabajo; un mercado donde se transan seres humanos, según la oferta y la demanda efectiva de su labor. De hecho, ¡esa es la manera

¹⁰ A la fecha se ha agregado la educación como medio de redistribución, bajo el supuesto que una mayor calificación logrará conseguir una mayor retribución salarial. Mas también es un elemento que no interviene el mercado y mantiene alejados los juicios negativos: cualquier problema sería del sistema educacional, no el productivo-comercial ni de la distribución derivada de él.

¹¹ Hoy la inmensa mayoría de los capitales financieros mundiales se utiliza en la especulación y no en la producción de bienes y servicios. Las transnacionales, por los niveles de inversión que conllevan, han tomado preeminencia ante las pequeñas y medianas empresas, las cuales crean la mayoría de los puestos de trabajo. El juego bursátil es menos riesgoso y deja muchas más ganancias a corto plazo que la actividad en verdad productiva.

para determinar la cantidad necesaria de trabajadores! Si la demanda de seres humanos crece, subirá el valor del trabajo y, al aliviar su situación material, los trabajadores tendrán más hijos. Por el contrario, si la demanda de seres humanos baja, al disminuir el valor del trabajo no procrearán más hijos (o, en palabras de Adam Smith, morirá “gran parte de los hijos, frutos de fecundos matrimonios”) y no aumentará el número de trabajadores. Al igual que ocurre con cualquier mercancía, de esa forma se equilibra el precio y el *stock* de seres humanos que laboran por un salario.

Al comprender entonces que para el Neoliberalismo las personas son simples medios al servicio del lucro, siendo definidas como un instrumento o una mercancía, despojándolas así de su dignidad, ¿podría acaso un *humanista* ser neoliberal?

Ahora bien, ya desde el siglo XIX los principios aquí expuestos se los ha venido vistiendo con ropajes *científicos*. Primero, con el naturalismo fruto de los planteamientos de los evolucionistas sociales. Después, con las matemáticas y la formulación de leyes de la conducta. Los evolucionistas sociales, basados en algunas observaciones y conclusiones sacadas del ámbito de los seres no humanos, pretendieron unificar a todas las criaturas bajo categorías biológicas. Sin pretender negar aquí la condición animal de la humanidad, ni rebajar los conocimientos biológicos, se deben hacer algunos alcances respecto de tal concepción.

La mirada naturalista no nace ni de la Biología, ni de la Ciencia en general. Ella surge de la interpretación de la teología calvinista, hecha primeramente por los filósofos ilustrados británicos. Para el reformador, el ser humano es gobernado por la Providencia a través de “medios”. Siendo la “naturaleza” con la cual la divinidad determinó a sus “creaturas”, el medio empleado por aquella para dirigir las. Para el específico caso humano, esa naturaleza es la “racional”. Ese es el origen y el carácter de las teorías naturalistas o naturalistas-providenciales como aquí se les llama. En el siglo XIX, los continuadores de esta tradición describirán con lenguaje *técnico* y adornarán con un pseudo empirismo, su creencia en los dogmas calvinistas. Tanto Herbert Spencer como Charles Darwin, en los ámbitos social humano y en el del resto de las *creaturas* vivientes respectivamente, aceptan y aplican de forma consciente que la naturaleza de cada ser vivo y la selección natural son medios providenciales.

Ese fundamento naturalista de origen teológico será asumido por los economistas modernos como una base científica. Extraviándose con la terminología académica y con las declaraciones de intención empíricas, desarrollarán a partir de ese principio dogmático religioso todo un andamiaje técnico, matemático e

incluso legalista (al modo de la Física). Apoyándose en esos falsos principios científicos, se han atrincherado en los argumentos de autoridad: si nadie en sus cabales podría alegar la injusticia de la ley de gravedad, ¿por qué alguien podría desvariar haciéndolo con las leyes económicas?

Creyendo probar la veracidad de su teoría, sólo han demostrado su pertinencia en los específicos ámbitos o contextos construidos a partir de ella. En una sociedad donde el estatus lo determina el dinero y donde al haber sido destruidos muchos de los nexos sociales primarios y aisladas las personas al punto de tener sólo la opción del individualismo, los neoliberales han creído demostrar la realidad del “hombre económico”. Hasta llegan a fantasear con la existencia de leyes de la conducta derivadas del egoísmo. Como luego de erigir un escenario propio, han encontrado precisamente lo que estaban buscando, afirman la condición científica de la Economía Moderna y la realidad de sus leyes.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo tiene fundamentos no empíricos y que sus principios son meras convenciones, acuerdos surgidos de una profunda fe y/o de una visión simplista y parcial de la realidad, todo lo cual se ha pretendido hacer pasar por técnico utilizando un lenguaje *ad hoc*, ¿podría acaso un *científico* ser neoliberal?

Ese “hombre económico” cuya meta y motor conductual es el egoísmo para conseguir riqueza individual, es dividido por el Neoliberalismo en dos grupos. Como antes se revisó, uno de ellos es el de los trabajadores asalariados (las *personas-medios de producción*) y el otro es el de los capitalistas. Al plantear la teoría la necesidad de la no intervención de esa tendencia egoísta, para no hacer fracasar o entorpecer la actividad productivo-comercial —y, por ende, la benéfica meta de la supervivencia de toda la sociedad—, se declara el imperativo del respeto de los derechos individuales en general y de la libertad económica en particular. Paradójicamente, el Estado interviene construyendo un marco legal para protegerlos de las coacciones e intervenciones externas... ¡en especial del Estado!

Dicha premisa filosófico-jurídica del respeto de los derechos individuales y la libertad económica, tiene una importante especificación. Por definición, el sistema hace depender a los trabajadores asalariados de los dueños del capital. Tanto para estar laboralmente ocupados, como para recibir una paga y sobrevivir. Lo cual, ya vimos, era para el Neoliberalismo el único medio admitido de distribuir la riqueza: el “chorreo” desde los ricos a los demás. Por tanto, al asumir ese principio, se termina asumiendo también *obvia* la necesidad de facilitar las actividades de los empresarios. En particular, de los grandes empresarios y financieros. En su búsqueda individual y egoísta de lucro, crearán puestos de trabajo y

producirán los bienes y servicios requeridos por la sociedad (en verdad, por los demandantes efectivos). Al aceptar tales premisas para conseguir el bien común, se hace necesaria una *discriminación hiperpositiva* a favor de los capitalistas y empresarios. Como decía Pinochet, debe cuidarse a los ricos con esmero. Así, a los acaudalados se les cede toda la iniciativa y el resto es dejado en obligada expectativa.

Desde las convenciones ideológicas se establece un esquema moral que legitima la *desigualdad* de derechos.¹² Y, peor aún, ¡una legalidad que la implanta como marco jurídico obligatorio! De esa manera, por ejemplo, los ricos deben pagar la menor cantidad posible de impuestos, los empresarios no deben ser perjudicados ni desincentivados con leyes laborales o el Estado los debe defender ante conflictos en el extranjero. Mientras, no se cuestiona que los ciudadanos *comunes* deban pagar sus impuestos, que casi no gocen de derechos laborales, que su incentivo para trabajar sea el temor al hambre y la inseguridad o que sus problemas con sus empleadores u otros agentes económicos sean definidos por el Estado como conflictos entre privados.

Asimismo, debe también quedar claro el giro dado en la actualidad por el Neoliberalismo, con respecto a su origen en el *viejo* Liberalismo. La primaria ideología burguesa para burgueses establecía privilegios para la pequeña y mediana burguesía. Ese proyecto no consideraba al resto del pueblo en igualdad de condiciones políticas, sociales ni económicas. Con posterioridad, el Neoliberalismo radicalizó la exclusión al dejar fuera del sistema de privilegios a esos pequeños y medianos burgueses-empresarios, en favor de la gran empresa y sobre todo de las transnacionales. ¡Ni hablar de la situación en la cual quedó el resto de la población!

Bajo el pretexto de conseguir la justicia mediante una injusticia —nos dicen— momentánea, se ha privilegiado a un nuevo grupo aún más favorecido, menos numeroso y mucho más próspero. Por si fuera poco, sea por falta de regulación o por explícita voluntad política del Estado, se permite a los grandes agentes económicos interferir los derechos del resto de los miembros de la sociedad y atentar contra el propio libre mercado al actuar desde su posición dominante como cárteles u oligopolios. ¡Se ha *corrompido* el principio de no intervención del mercado en nombre del libre mercado! Se ha asentado así la desigualdad extrema como norma.

¹² Dichas convenciones también tienen un componente religioso. Pues, se sabe que, Dios favorecería a sus elegidos con la riqueza: atreverse a coartar su egoísmo sería entorpecer el plan divino.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo sobreprivilegia descaradamente a un pequeño grupo —el cual tampoco es para nada indefenso— implantando la extrema desigualdad social, política y económica no sólo como norma moral legítima, sino hasta de manera legal, ¿podría acaso un *demócrata* ser neoliberal?

Como se sabe, la libertad del mercado se legitima porque las conductas derivadas del ansia de lucro deben poder desenvolverse sin trabas. En ese contexto no intervenido, los deseos egoístas de vendedores y compradores terminarán organizando la producción, lo comercial y determinando los precios de forma *óptima*. El empresario fabricará el bien o entregará el servicio demandado a mayor valor y el consumidor demandará el bien o servicio que represente de mejor forma la relación calidad-precio. Ninguno producirá o venderá algo no deseado por nadie, sino justamente lo requerido por los demandantes efectivos. Si aumentara la oferta de un bien o servicio y por ende disminuyera la ganancia, el ansia de lucro incentivará a buscar otros nichos de negocios para obtener ganancias. Y así sucesivamente. La avaricia sería el factor de *ajuste*, tanto de las relaciones productivo-comerciales como de la sociedad toda.

Ese “equilibrio dinámico” (concepto tomado por Smith de Newton) se conseguiría por medio de la oferta y la demanda efectiva de productos en base al *dinero*. El deseo de maximizar las ganancias y minimizar las pérdidas, daría lugar a la asignación óptima de todos los recursos. Como ningún “hombre económico” querrá perder dinero, *siempre* buscará satisfacer a quienes pueden pagar por las mercancías. En cambio, quienes no tengan dinero para hacer efectiva su demanda, no serán satisfechos en sus necesidades y deseos por el mercado. Este no funciona para la “demanda absoluta”. No cubre las necesidades y deseos de los pobres. Únicamente las de quienes tienen dinero.

Esa naturaleza excluyente del sistema de mercado sistematizado por Smith, se acentuó con la tendencia científicista de los economistas. A fin de acceder al estatus de ciencia, era imprescindible para la Economía contar con una unidad de medida. Se requería con urgencia *objetivizar* la teoría. Aunque Smith propuso al trabajo como unidad de medida constante, se prefirió luego lo que para él era sólo su “valor nominal”: el dinero. De ese modo, la disciplina de los intercambios adquirió la condición de cuantitativa. Por fin pudo medir o conocer y ser en lo formal una ciencia. El problema es que, obviamente, la medición se limita a ponderar lo medible. En este caso, el dinero. Por lo cual no cuenta, no existe todo

aquel que no lo posee, no lo produce o no lo recibe. Y ya se sabe que aquellas personas se llaman pobres “pobres”.¹³

La solución *técnica* del Neoliberalismo (no humanitaria) fue la necesidad de *subsidiar* a esa gente miserable. Así *existirán* al ser medidos por producir, consumir y participar del mercado. A través de esos subsidios, podrán subir a la categoría de “pobres”. Sin embargo, en esa nueva condición no recibirán ninguna prestación social. No es parte de los deberes del Estado subsidiario neoliberal ayudar a quienes *tienen* dinero. Entonces, por necesidad, pasarán a ser mano de obra barata. Pues, como se expondrá luego, su situación y el sistema no les dejan mucho margen para negociar un trabajo, sus condiciones y su salario.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo hace desaparecer técnicamente a millones de personas del mundo, porque la Economía de libre mercado es una disciplina y una institución elaborada sólo para quienes tienen dinero, ¿podría acaso un *pobre* ser neoliberal?

Si se toma en cuenta la discriminación hiperpositiva hacia los ricos y la frágil situación del resto, se devela la verdadera condición de quienes trabajan a cambio de un salario. Al partir del principio de no intervención de la creación de riqueza —lo cual producirá trabajo o los medios de subsistencia de los grupos socioeconómicos bajos y medios—, la discriminación hiperpositiva establece un principio nefasto para los asalariados: *nunca* deberán ganar más de lo necesario para sobrevivir. Hasta allí llega el nivel de redistribución del ingreso esperable del “chorreo”. El capitalista como “hombre económico”, gana dinero para acumularlo y reinvertirlo. Mientras, aunque también el trabajador sería un “hombre económico”, gana la cantidad necesaria para no morir de hambre. Al respecto, en Chile un 35% de los trabajadores ni siquiera tendrán acceso a pensiones mínimas: sus sueldos no les alcanzan para cotizar lo suficiente en los fondos de pensiones privados. Justamente, ese nivel de salarios hace a los productos nacionales competitivos en el exterior y permite grandes ganancias al empresariado (por algo hace rato se escuchan en el exterior acusaciones de “*dumping* laboral”).¹⁴

¹³ No tomar en cuenta, no *ver* a parte importante de la realidad sociocultural, es una decisiva falencia de una disciplina aspirante a ciencia y específicamente a una sociocultural. Ello es tan impresentable, como si el objeto de la Geología fuera un par de cadenas montañosas.

¹⁴ Ante el exiguo nivel de entradas de los sectores medios y pobres, la salida vislumbrada para permitir el consumo y reproducir el sistema fue la generalización del *crédito*. Las elevadas ganancias de la banca y de las multitiendas en los últimos años, muestran que esa estrategia también resultó ser un fructífero negocio.

Hoy se habla de un “sueldo mínimo” por motivos humanitarios: lo mínimo para permitir la supervivencia de los trabajadores. Debe recordarse que el salario fija el límite del *derecho a la vida*, o sea, en base a esa cifra las personas pueden sobrevivir. Esa propuesta ya la había realizado, por motivos nada altruistas, David Ricardo al definir el “precio *natural* del trabajo” (¿el deseado y determinado por Dios?). Este era “aquel que es necesario para permitir a los trabajadores subsistir y perpetuar su raza, sin aumento ni disminución”. En otras palabras, se refería al salario preciso para mantener un *stock* de trabajadores necesarios para permitir al capitalista producir, lucrar y acumular, sin perder dinero pagando sueldos más altos o un mayor número de ellos. El natural egoísmo humano preferirá siempre el propio bienestar al de los otros. Entonces, ¿por qué pagar una cantidad mayor, perdiendo la posibilidad de mayor acumulación? Asimismo, ¿por qué pagar más si los pobres trabajarán por lo que sea? La idea declarada de Ricardo era controlar a los obreros a través del miedo al hambre: se los debía mantener urgidos para que aceptaran cualquier pago fijado por el capitalista.

Esa descarnada propuesta sigue en pie en la el pensamiento y en la Economía neoliberal. El premio Nóbel de Economía 1976, Milton Friedman, afirmaba: “no creo que el mundo necesite una redistribución de la riqueza. Pienso que eso es incorrecto”. Por su parte, Friedrich Hayek, Nóbel de Economía 1974, señalaba: “somos capaces de mantener la posición actual del mundo sólo porque lo que hay está distribuido desigualmente”. Esos argumentos ideológicos también han sido expresados asépticamente por otros economistas en términos tecnocráticos. El único camino posible para el desarrollo del sistema productivo-comercial es el crecimiento económico por medio de la acción de los capitalistas en un mercado libre. Afirman, a modo de axioma, que *subir los salarios baja la inversión* al desincentivarla.¹⁵ Por último, debe recordarse que toda esta palabrería con disfraz técnico, es amparada por una legalidad hecha para desproteger a los trabajadores y por las propias prácticas antisindicales de las empresas. Pero, sobre todo, por un contexto de necesidad que en la práctica obliga a someterse a las condiciones de trabajo precario ofrecidas.

Ahora bien, si se toma en cuenta que esos trabajadores son a su vez consumidores, se presenta otro problema más. Se debe recordar que el Neoliberalismo al dismantelar el Estado, hizo (casi) desaparecer los servicios públicos —antño gratuitos por ser derechos ciudadanos— y dio lugar a la mercantilización de (casi) todos los bienes y servicios. Hasta de la salud, la vivienda social, la educación, los servicios básicos, las pensiones de jubilación

¹⁵ Otra razón aducida, es que de subirse los salarios habrá inflación y se desequilibrará la economía, perjudicando la producción y ahuyentando a los inversores.

y el transporte público. En ese marco mercantilizado, toda empresa buscará la mayor ganancia posible y trasladará en el valor al consumidor (o precio del bien o servicio) la mayor cantidad posible de sus costos.

Los capitalistas y los economistas podrán repetir majaderamente que los precios son determinados por las anónimas fuerzas del mercado. No obstante, el valor de los productos nunca bajará, mientras sean fijados por la avaricia de los empresarios. Al contrario, tenderán siempre a subir hasta el nivel de equilibrio entre la cifra más alta y la no pérdida de un número significativo de compradores. Todo lo cual ocurre en un marco de salarios constantemente bajos, de discriminación hiperpositiva de carácter legal en pro de las empresas, de altísimos niveles de concentración económica (los cuales durante el gobierno *socialista* de Ricardo Lagos se elevó como nunca¹⁶) y de desprotección de los consumidores.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo determina por principio la imposibilidad para los trabajadores asalariados de obtener un sueldo más alto del necesario para sobrevivir y que los capitalistas siempre buscarán subir o mantener lo más alto posible los precios de los bienes y servicios mercantilizados, ¿podría acaso un *trabajador asalariado* ser neoliberal?

A estas alturas, se podría preguntar cómo o por qué todas las situaciones aquí descritas son aceptadas y hasta propiciadas por los representantes del pueblo: los políticos. Más allá de la actual tendencia nacional a despreciarlos —manteniendo a las mismas personas en sus cargos al bajar la participación política y al no existir una opinión pública fuerte—, es legítimo plantear cómo los representantes de la ciudadanía han llegado a no representarla. Es más, ¿a sostener ufanos su valentía, conciencia o madurez por tomar decisiones perjudiciales para sus mandantes!¹⁷

Para entender tal actitud de nuevo se debe volver a tomar en cuenta los fundamentos del Neoliberalismo. Una vez aceptada la veracidad del dogma de la dirección providencial de la humanidad a través de su naturaleza y expresado

¹⁶ El Lagos *maduro* dista mucho del joven socialista e idealista que en 1960, denunciaba en su memoria de título *La Concentración del Poder Económico*.

¹⁷ Por ejemplo, Ricardo Lagos procedió a privatizar la empresa sanitaria de Concepción (Essbio), a pesar de ser viable financieramente y entregar un buen servicio. Junto con alabar las bondades de la futura administración privada, prometió mantener el valor del servicio y que no habría despidos. Como era de suponer, una vez privatizada la empresa se despidieron trabajadores y se subieron los cobros a los consumidores. Lagos, al igual que con los diversos actos de corrupción pública ocurridos durante su gobierno, nunca dio una explicación.

por los ilustrados en términos *filosóficos*, se estableció lo que aquí se ha nombrado como *naturalismo-providencial*. Se tuvo por cierto que las características inherentes de la humanidad eran su instinto y la tendencia natural a lo material derivada de aquel.

Ese fue en específico el trabajo pionero realizado por John Locke. Su singular “racionalismo” es una forma de explicar (*comprobar* diría él) el modo en que el dios puritano gobernaría a cada persona y a las sociedades, usando como medio al entendimiento. Pues, según él, la razón era la “voz de Dios” dentro de cada cual. Esa “voz”, precisamente, dirigiría la tendencia a lo material para lograr la supervivencia y la comodidad. Por más extraño que pueda sonar, el entendimiento sería finalmente una especie de *reacción mental*. Algo así como un instinto racional utilitario de origen divino, el cual se manifiesta por la constante intervención providencial.

Asumida la tendencia natural materialista de la humanidad, se dio el paso siguiente. La disciplina indicada para preocuparse de sus asuntos, obviamente debía ser aquella que trataba de su verdadera esencia: la instintiva. Específicamente de las tendencias naturales materiales o utilitarias. Así, la Economía Moderna fue elevada a la categoría de Ciencia Soberana. Con ello la *vieja* Política greco-medieval, la disciplina de los seres racionales que buscan de modo reflexivo y consciente el bien de la “*polis*”, fue rebajada a un conjunto de fantasías inconsistentes. Una serie de disposiciones y teorías para seres que nunca habían existido, ni existirían jamás.

Cuando la Economía pasó a ser la disciplina gobernadora, la Política quedó relegada a un segundo plano de orden técnico. De ahora en más, sólo debía procurar establecer un marco legal para fomentar y proteger los aspectos instintivo-materiales. De ese modo, lo productivo-comercial se desenvolvería de la mejor manera posible y sin trabas. El Estado quedó condenado a ser un mero espectador de los asuntos entre los privados, empequeñecido y con escaso poder. Esa fueron las premisas y la lógica tras el nacimiento del Moderno Estado liberal.

Años más tarde, sobre todo al reaccionar frente al “Estado de bienestar” fuerte e interventor, el Neoliberalismo radicalizará aquella postura liberal originaria. La nueva y extraña *Política* neoliberal pugnará por limitar al Estado prácticamente a un legislativo, un sistema judicial y una milicia encargadas de proteger la actividad económica, y a una pequeña burocracia responsable de entregar algunos subsidios a los miserables. Por qué y para qué tener otro tipo de Estado

si a fin de cuentas la sociedad no existe. Ese invento mañosamente llamado por los antiguos socialistas “sociedad”, sencillamente es un conjunto de individuos quienes en sus pugnas mutuas coinciden en un mismo escenario.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo propone un Estado y una acción política limitada a custodiar el capital y facilitar la acumulación por parte de un pequeño grupo privilegiado, rechazando un Estado encargado de buscar activa y racionalmente el bien común de toda la población, ¿podría acaso un *político* o cualquiera que crea en la acción política ser neoliberal?

Una vez asentado el Neoliberalismo en la legalidad y en la opinión pública de las naciones, se ha buscado implantarlo a nivel planetario, echando mano al concepto de “globalización”. Esa es la lógica de los tratados de libre comercio, los cuales además de mundializar el sistema, dejan la legalidad interna de las naciones firmantes por debajo de las disposiciones y artículos de los tratados. Así, se impone y/o refuerza el sistema a nivel interno de cada país. La protección legal de los ciudadanos se elimina o queda en función del fomento de la actividad productivo-comercial de las grandes empresas. Aberraciones que en el fondo implican pérdida de soberanía. A pesar de todo ello, se ha querido convencer a las personas de estar insertas en un proceso autónomo, natural, de conformación de una cultura mundial, de un sincretismo integrador. Mas de nuevo la falacia del discurso queda descubierta, al constatar que es una etiqueta propagandística para disfrazar la generalización del modelo neoliberal y la homogenización de las culturas para servir a su meta lucrativa.

En cualquier manual de modernización, se puede leer explícitamente que es necesario cambiar o alterar las culturas “tradicionales” para transformarlas o modernizarlas. Deben ser funcionales al proyecto de un gran mercado libre planetario. El cual, se puede constatar, no tiene nada de libre ni de autorregulado. Pues es dirigido por las transnacionales, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos y las instituciones *técnicas* que —como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio o el Banco Mundial— velan por sus intereses y por los del Primer Mundo en general.

La oposición a ese tipo de globalización ha sido atacada por los neoliberales bajo la acusación de nacionalismo, fundamentalismo y hasta por ser una forma de xenofobia. Sin embargo, no es una oposición a la integración cultural, al libre movimiento de las personas, ni siquiera a los intercambios comerciales internacionales. La crítica es a que sea desde el marco del libre mercado y para sus exclusivos fines. Se rechaza esa mundialización que busca la asimilación en sus términos y sin debates democráticos ni participación. Además, la globaliza-

ción neoliberal viene mostrando hace años su poder para explotar a los pueblos del Sur, dominarlos y acrecentar su dependencia económica. Al mismo tiempo, los hace perder su cultura por la imposición de otra que implica principios ajenos, insólitos y, peor aún, de un explícito carácter excluyente.

Al comprender entonces que el Neoliberalismo necesita hacer desaparecer las culturas *inútiles* y su condición de doctrina imperialista en busca de la conformación de un mercado mundial en pro de una minoría, a costa del bienestar y dignidad de las grandes mayorías, sobre todo de los países del Sur, ¿podría acaso un *tercer mundista* y/o un *latinoamericano* ser neoliberal?

Después de todo lo hasta aquí dicho, todavía alguien podría estar de acuerdo con el Neoliberalismo y no sentirse perjudicado en su cotidianidad. Es el momento entonces, de tomar en cuenta su impacto sobre el planeta y todos los seres vivos. Ante la actual situación, es un hecho que los humanos también están en peligro. De mantenerse sin variaciones el crítico escenario medioambiental, más allá de la ideología y de la posición socioeconómica de cada persona, a la larga *nadie* escapará del empeoramiento de la calidad de vida. Y, tal vez, tampoco de la extinción. Así lo demuestran las consecuencias del agujero en la capa de ozono, la contaminación de todo tipo en la atmósfera, en mares y sobre tierra firme, la creciente escasez de agua dulce, la progresiva deforestación y desertificación, la sequía, la pérdida de diversidad biológica o el calentamiento global de la Tierra y el cambio climático. La urgencia y mediatización de este último problema no puede esconder la gran cantidad de situaciones ambientales peligrosas provocadas por la acción humana. Pero no por cualquier tipo de conducta. Sino, principalmente, por las insertas en un modelo de desarrollo particular: el cortoplacista economicismo neoliberal.¹⁸

Para entender la actual situación, se debe volver de nuevo a Adam Smith. Según él, el trabajo es el único origen de la riqueza de una nación. Un país es rico

¹⁸ En 1992 la ONU organizó una Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo, para tratar diversos temas críticos: “El comercio, la educación ambiental, las emergencias del medio ambiente, la transferencia de tecnología y el financiamiento y reestructuración de los sistemas internacionales para hacer frente a los problemas ambientales de mayor envergadura (...) la protección de la atmósfera; la energía; el cambio climático; la capa de ozono; la contaminación atmosférica; la protección de la calidad y suministro de recursos de agua dulce; la protección de los océanos y mares y la utilización racional de los recursos; la protección y aprovechamiento de los recursos terrestres, incluyendo formas de contrarrestar o detener la deforestación, la desertificación y la sequía; la conservación de la diversidad biológica; la gestión de la biotecnología; el control de los desechos y toxinas y la prevención del vertido y evacuación ilegales; el mejoramiento de los ambientes vitales y de trabajo; un desarrollo urbano y rural ecológicamente viable; y la salvaguarda y mejoramiento de la salud humana y la calidad de la vida” (Annis 1991: 36-37).

o pobre dependiendo del producto del trabajo de sus habitantes. Esa condición no tiene relación con su suelo, clima ni con la extensión de su territorio. El filósofo moral escocés, como buen moderno, concibe a los humanos *fuera* del mundo natural y deja a éste reducido a una especie de emporio de materias primas. Si bien, por tradición ideológica, para él la naturaleza no es una cuestión importante, de igual modo tendrá un rol económico. En esa lógica, será obvio que a los recursos naturales utilizados en la producción se les otorgue un valor de mercado en tanto mercancías y propiedad privada. Igualmente, todos los componentes no humanos de la naturaleza quedarán insertos en la persecución del lucro máximo. De tal modo, se dará lugar a su aprovechamiento máximo.

Luego, sobre todo en el siglo XX, el crecimiento demográfico, las necesidades de consumo de la cultura occidental y su capacidad de explotación se incrementará de manera nunca antes vista. En ese marco, la lucha por el lucro conllevará resultados nefastos para la naturaleza y sus componentes. Luego de años de una depredación de la naturaleza en el marco de la tradición moderna de despreocupación por ella, finalmente se llegó a la peligrosa situación en que hoy se encuentra el planeta. No podía ser de otra forma al buscar la Economía neoliberal el crecimiento máximo como principio. ¡Se pretende el crecimiento infinito en un mundo finito!

Al comprender entonces que el Neoliberalismo sólo toma en cuenta al medioambiente y a sus componentes no humanos como fuente de recursos y materias primas respectivamente, y que por la lógica del afán de lucro máximo no trepida en atentar contra el equilibrio de la naturaleza y en ese proceso poner en serio riesgo, destruir parte significativa o toda la vida sobre el planeta incluida la humana, ¿podría acaso *cualquier persona* ser neoliberal?

Cuando se conocen los aspectos teórico-prácticos del Neoliberalismo y/o se sufren en carne propia sus consecuencias, queda la duda de quién podría acusar de resentido social a cualquier opositor a sus injusticias o quién podría afirmar que esas situaciones son en realidad fruto de la propia desidia de los pobres y marginados. Pues ambas posturas dejan en evidencian tanto la ignorancia de esos aspectos teórico-prácticos, como la calidad humana de quien observa impasible las condiciones de vida de las personas afectadas por el sistema. Es pertinente preguntarse quién podría adherir sinceramente a una concepción como la aquí descrita y respaldar sus negativas consecuencias en la mayor parte de la población del planeta. ¿Seguiría defendiéndola si él mismo sufriera las indignidades de la cesantía, la desigualdad, la falta de oportunidades o —el problema por excelencia del libre mercado— el trabajo precario?

A principios del siglo XXI, a pesar de lo obvio que puede parecer rechazar el Neoliberalismo, queda la sensación de que los grupos de poder ligados a él han logrado asentar su posición. El vacío cliché de que las instituciones funcionan se ha vuelto cierto. Pero, eso sí, funcionan para materializar el Neoliberalismo y para que una vez instaurado sea extremadamente difícil, sino imposible volver atrás o siquiera ensayar vías alternativas.

En los últimos años, como se expuso, esa tarea la han realizado en Chile quienes sin pudor se hacen llamar de izquierda o con el símil descafeinado de “progresistas” (¡cuando ni siquiera son socialdemócratas!). Tómese en cuenta el caso de las privatizaciones de empresas públicas y la dificultad de su vuelta a manos del Estado, dadas las complicaciones legales de una expropiación y por las exorbitantes cantidades de dinero requeridas para re-comprarlas. Esos pseudos progresistas, mientras siguen aplicando políticas neoliberales, han terminado reemplazando los anhelos y las políticas de justicia social por peroratas denostando la pobreza. Tal vez a eso se limita su proyecto: construir, al menos discursivamente, un Neoliberalismo de *rostro humano*.

En Chile, aunque van más de tres décadas de ser alumnos destacados del Neoliberalismo, no se ha producido la igualdad prometida por el funcionamiento automático del mercado. Incluso, por más que el año 2006 el país fuera designado por Foro Económico Mundial en el *primer* lugar entre 117 naciones, en cuanto al buen manejo macroeconómico. Aún así, según el Banco Mundial, el modelo chileno logra un enriquecimiento de las élites a nivel de país desarrollado y, por medio del chorro, una distribución a la gran masa a nivel africano. Lo cual, claramente, no sucede por una mala o insuficiente aplicación de “la buena ciencia económica”. De hecho, ocurre por su propia lógica. Esos principios han vuelto totalmente ciegos y sordos a sus dogmáticos sostenedores. No aceptan críticas ni enmendar un rumbo a todas luces infructuoso. En su soberbia no se dan cuenta del corolario de sus empecinadas acciones. Esa intransigencia nos hace recordar las palabras de Albert Einstein: “Locos son aquellos que haciendo siempre lo mismo pretenden obtener resultados diferentes”.

Por tanto, sigue siendo un deber moral denunciar las consecuencias del sistema y develar las semi-verdades/semi-mentiras publicitadas por los neoliberales, para legitimar en la opinión pública hasta lo groseramente ilegítimo. Sigue siendo un deber, y no sólo una estrategia, abrir el debate por más que los neoliberales hayan implantado un pensamiento único y con ello imposibilitado cualquier

progreso surgido de la discusión. Por más que hayan satanizado la disidencia, caricaturizándola de ciega y fanática.¹⁹

Muchos de quienes se oponen al Neoliberalismo y su sistema social, político y económico, creen en la posibilidad de desarrollar un proyecto de sociedad desde fundamentos profanos o religiosos, sin perder la espiritualidad ni caer en la intolerancia. Creen en la dignidad humana y la defienden como un principio básico. Creen que las ciencias y la tecnología pueden cooperar a elaborar condiciones de vida dignas para todos. Creen posible la edificación de una sociedad solidaria que termine con la desigualdad extrema. Creen en la necesidad de re-construir una economía que considere a todas las personas y sus necesidades fundamentales y donde prime la importancia del trabajo y de los trabajadores. Creen en la vida política racional y participativa para debatir y solucionar los problemas. Creen en la unidad de todas las naciones por años sojuzgadas en América Latina, y el resto del Tercer Mundo, para por fin materializar sus propios proyectos y relacionarse con las demás desde su cultura. Creen en formas sustentables de desarrollo económico, que no rebajen la calidad de vida de las personas y devasten irremediablemente el medio ambiente.

Esas esperanzas no son una mera declaración de intenciones. Son una hoja de ruta para avanzar en acciones concretas de pedagogía, de difusión, de organización y de acción política. Se debe ser conciente de estar sosteniendo razones y argumentos legítimos. Por eso, al tener en cuenta todo lo hasta aquí expuesto y la diversidad de personas con motivos fundados para oponerse al Neoliberalismo, con profunda extrañeza, somos nosotros quienes podemos preguntar: ¿quién podría ser neoliberal?!

¹⁹ Entre los opositores al Neoliberalismo, de hecho, se encuentran diversas posturas. Al menos aquí no se propugna hacer tabla rasa y/o caer en el maniqueísmo. Es evidente, por ejemplo, la diferencia entre un individualismo radical y la iniciativa individual para perseguir metas benignas; entre la búsqueda egoísta del lucro sin cumplir ninguna función social y las ganancias monetarias como pago por la función de cooperar al bienestar de los demás; entre el comercio abusivo y el intercambio con resultados satisfactorios para todos los implicados; o señalar toda competencia como negativa en sí y todo lo colectivo bueno en esencia.